

Un Andaluz en la Génesis del Modernismo Poético: Manuel Reina

**Discurso de ingreso como Académico
Numerario leído por su autor en sesión
pública del 10 de mayo de 1979.**

Por Joaquín CRIADO COSTA

Excelentísimos Señores,
Ilustrísimos Señores Académicos,
Señoras,
Señores:

Es indudable que el preclaro Manuel María de Arjona, al instituir esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes bajo el signo del saber, no imaginó que los dignos continuadores de su ya secular obra llamaran al seno de la misma a personas que, como es mi caso, no tienen en su haber sino reducidos frutos científicos de un notable amor a la cultural en general y a la letras cordobesas en particular. Estos hombres «inmortales», que han sido siempre sembradores de ideas y de palabras, vencidos en la presente ocasión por su propia benevolencia, me han designado para ser su compañero numerario, es decir, para pasar a la primera fila, como ellos con las botas atadas y en uniforme de faena, con la pluma en ristre, cuando, con versos del más grande poeta oriolano,

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras.

La remembranza de figuras pretéricas de Académicos y la presencia de quienes componen el actual Cuerpo me hacen experimentar un sentimiento de agobio, pero también es verdad que ello me estimula a un mismo tiempo, y, aunque consciente de mis propias limitaciones, prometo hacerme acreedor del honor que hoy se me confiere y servir a esta noble Institución con el mismo afán y desasimiento con que lo he venido haciendo desde cuatro años ha, en que fui elegido Académico Correspondiente; confiemos todos, empero, en que con más sazonados frutos.

Es mi deseo agradecer, pública y fervientemente, al Cuerpo de Académicos, la elección unánime de que fui objeto para la vacante que ocupo de la Sección de Bellas Letras. Cumplo con gusto el deber moral de mencionar a quienes hicieron la propuesta: los señores Castejón y Martínez de Arizala, Gómez Crespo, Nieto Cumplido, Ocaña Jiménez, Muñoz Vázquez y Aranda Doncel. Quedo reconocido al Profesor Cuenca Toribio, quien amablemente aceptó la estatutaria propuesta, que la Junta Rectora le hiciera, de contestar, en nombre de la Corporación, a mis palabras de recién llegado.

Y tras estas manifestaciones de agradecimiento, paso, si ustedes me lo permiten, a la exposición del tema de este discurso de ingreso: **Un andaluz en la génesis del Modernismo poético: Manuel Reina.**

De todos es sabido que alrededor del año 1880, en los pueblos de habla hispana, casi finalizados ya los procesos de independencia, el Romanticismo tardío cede su lugar poético a una nueva corriente, que se conoció con el nombre de Modernismo, y que desde Méjico y las Antillas se extendió hacia el sur, por toda Sudamérica, encontrando su máximo pregonero en el nicaragüense de Metapa Félix Rubén García Sarmiento (1867-1916), más conocido por Rubén Darío.

Los mejicanos Manuel Gutiérrez Nájera (Méjico, 1859-1895), Manuel José Othón (San Luis de Potosí, 1858-1906) y Salvador Díaz Mirón (Veracruz, 1853-1928); los cubanos Julián del Casal (La Habana, 1863-1893) y José Martí (La Habana, 1856-1906) y el colombiano José Asunción Silva (1865-1896) pueden considerarse los más relevantes precursores americanos del movimiento modernista, movimiento que significó un renacer de las letras hispánicas y que llevó a afirmar al fogoso Rufino Blanco-

Fombona (1) que era la mejor época de la historia literaria de América.

En 1888 Rubén Darío publica en Chile **Azul...**, considerado comúnmente como el manifiesto del Modernismo desde que Juan Valera, un año después, en **Cartas Americanas**, lo juzgó exponente del nuevo estilo. Pero el propio término está aún por aclarar. Revolución literaria y espiritual; reacción contra la literatura precedente; escuela formalista; inclinación o tendencia general que alcanzó a la política, a los estudios universitarios, a las artes plásticas, a la música, a la pedagogía; quizás no sea nada de esto en concreto y quizás participe de todo ello. Quizás es un sentido excesivamente amplio, lleve razón Federico de Onís, cuando afirma en 1953 en la revista **La Torre** (2) que «el Modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu, que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico, cuyo proceso continúa hoy». Por eso comprendemos en nuestros días que Miguel de Unamuno, en 1908, en el prólogo a **Poesías** de José Asunción Silva, confesara no saber bien qué era eso de los modernistas y el Modernismo, «pues llaman así —dice— a cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas a una común categoría».

Sea lo que fuere, que no es momento de teorizar, el movimiento escogió la lírica como vehículo más generalizado en el campo de lo literario; es decir, nació bajo el signo poético. Y la **Revista Azul**, fundada por Gutiérrez Nájera en Méjico, entre otras, ofreció sus páginas a poetas, como los ya citados, que se declaraban parnasianos, simbolistas o modernistas.

Las figuras cimeras, además de Darío el mejicano Amado Nervo (Tapic, Estado de Nayarit), el uruguayo Julio Herrera y Reissig (Montevideo, 1875-1910), el argentino Leopoldo Lugones (Villa de Santa María del Río Seco, Córdoba, 1874-1938), etc., escapan a nuestro estudio. Bástenos decir que el año de la muerte de Herrera y Reissig, 1910, es considerado

(1) R. BLANCO FOMBONA: "El momento y la filiación del modernismo", **El modernismo y los poetas modernistas**, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1929, pág. 13.

(2) Federico de ONÍS: "Sobre el concepto del modernismo", **La Torre**, año I, n.º 2, abril-junio 1953, pp 95-103.

por los historiadores de la literatura como término «ad quem» del momento climático del Modernismo.

No acalladas aún las voces del Romanticismo francés, y mientras sufría destierro Victor Hugo, unos poetas admiradores de los versos de Théophile Gautier (1811-1872) —quienes titularon **L'Orient** a un libro póstumo, publicado en 1877— buscaban un arte equilibrado, lejos del propugnado por los románticos. Los versos técnicamente perfectos —en ritmo y rima— de Théodore Banville (1823-1891), dados a la luz bajo los títulos de **Stalactites** y **Odes funambulesques**, llenos de sensaciones y brillos fantasmagóricos, aunque vacíos de ideas, habían impresionado a Julián del Casal y dejaron su huella en **Bustos y rimas** (1893).

En torno a Leconte de Lisle (1818-1894), el autor de **Poèmes antiques** y de **Poèmes barbares**, se agrupaban, hacia 1860, unos poetas jóvenes que coincidían en considerar el Romanticismo como un arte de segunda mano, híbrido e incoherente y en propugnar la íntima unión del arte con la ciencia. Este grupo de poetas jóvenes, gracias al editor Lemerre, vio sus versos publicados, en 1866, con el título de **Parnasse contemporaine**. He aquí, en ellos, a los parnasianos. Ninguno igualó al maestro Leconte en llevar a la práctica su idea del «arte por el arte», pero todos le imitaron en lo refinado del verso y en la armonía y algunos también en el hondo pesimismo, en la desolada tristeza y en el sentimiento de la nada, como lo único perdurable. Aunque sobresalieron nombres como los de Louis Bouilhet (1822-1869), François Coppée (1842-1909), Louis Ménard (1822-1901) y otros, el más fiel continuador fue el cubano José María de Heredia (1842-1905), autor de magníficos sonetos publicados con el título de **Les Trophées**.

Pero hacia 1880, agotado ya el arte parnasiano, la poesía francesa pasa por unos momentos de renovación, tratando de asimilar elementos extranjeros —literatura, música, etc.— para ofrecerlos después como nuevos modelos. Surge así la llamada escuela simbolista, que rellenará los años que faltan para acabar la centuria. Y surge como una doble reacción: contra el naturalismo y los treinta años de materialismo que éste conllevó y contra la perfección formal y el vacío conceptual de la poesía de los parnasianos.

Aún corriendo el riesgo de desvirtuarlo, queriendo encerrar en pocas palabras lo que necesitaría un elevado número de páginas, diremos que el

principio fundamental del simbolismo, ya formulado por Baudelaire, radica en considerar que las palabras, signos sonoros, son «símbolos» de correspondencias entre el espíritu y las cosas. El término «Symbolisme», referido a la escuela, aparece por primera vez en agosto de 1885 en un diario parisino, suplantando al término «decadentes», con que fueron conocidos los poetas disidentes del Parnasse, encabezados por Verlaine.

Tras el precursor Jules Laforgue, el uruguayo de origen bretón que murió tuberculoso, en el cénit del simbolismo hay que situar a Rimbaud, visionario y profético, a Verlaine, instintivo y penetrante, y a Mallarmé.

Llegados a este punto cabe preguntarnos qué ocurre mientras tanto en España. Con palabras de Gerardo Diego (3), «...no faltan poetas insatisfechos con la retórica altisonante o con el realismo menudo, o con el romanticismo sentimental en boga hacia 1880, los cuales, si bien con más timidez que los de América, inician también el neologismo mental o estilista». Esto es cierto, pero digamos ya que esos poetas no se desprenden del todo de la savia de los viejos maestros, a quienes, incluso años después, van a dedicar algunas de sus composiciones al nuevo estilo, al gusto modernista.

El madrileño de nacimiento y murciano de adopción Ricardo Gil (1858-1908), el malagueño Salvador Rueda (1857-1933) y el cordobés Manuel Reina (1856-1905), como los americanos de los que ya nos hemos ocupado, pondrán sus ojos en Francia, en parnasianos y simbolistas, tratando de ver la realidad poética y de tener una cosmovisión muy «sui generis» a través del prisma de los versos de Rimbaud, Verlaine y Mallarmé, entre otros.

La renovación métrica y léxica, con remembranzas gongorinas de sabor moderno; el gusto por lo exótico, lo raro y lo precioso de épocas y de países lejanos; los ambientes orientales y asiáticos; las culturas precolumbinas y helénica; el influjo de la música —la wagneriana en especial— y su admiración por ella, que casi llega a convertirse en obsesión; los ambientes aristocráticos; el principio de «el arte por el arte», de herencia parnasiana; el cosmopolitismo a ultranza; todo, en fin, lo que es propio del movimiento moderno, llegó a través de los versos de nuestros vecinos

(3) Gerardo DIEGO: "Modernismo literario", **Diccionario literario...**, t. I, Barcelona, Montaner y Simón, 1967, pp 323-330.

norteños, con baños americanistas las más de la veces. Y todo dará, como últimas consecuencias, la poesía de Francisco Villaespesa y de Manuel Machado y la inicial de su hermano Antonio y de Juan Ramón Jiménez, quien, en un conocido artículo en *La voz* (4) decía: «...la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Porque lo que se llama modernismo no es cosa de escuela ni de forma, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza».

Y es momento ya de pasar a ocuparnos de uno de nuestros poetas más injustamente olvidados, si no ausente de las historias literarias, sí con una presencia mínima, cuyos versos son desconocidos por sus propios coeterráneos, pero al que la crítica actual parece dispuesta a sentar en la parca mesa de los vates. En esta línea se mueve, por citar sólo a alguno, el profesor inglés Donald L. Shaw, profundo conocedor del Modernismo.

En el último tercio de la pasada centuria, en el «Parnasillo» del Ateneo de Puente Genil, acostumbraban a reunirse diariamente un grupo de personas amantes de las artes liberales, formando un cenáculo literario, en torno a la figura de Leocadio Santaella.

Sin reglamentos ni formulismos, sin rutinas ni moldes convencionales, al «Parnasillo» acudían Leopoldo Parejo, Alberto Alvarez de Sotomayor, José Estrada, Cruz Miranda y otros más. El testimonio de Rodolfo Gil es bien elocuente (5): «... Como lenguas de fuego relucen allí con toda brillantez y hermosura de sus imágenes los poemas de nuestro lírico Manuel Reina».

Había nacido éste en 1856, hijo de un comerciante acomodado y hombre de vasta cultura del que hereda su afición a las Bellas Artes. Muy estudioso desde su juventud, escribió versos que bullían en su imaginación y que le dictaba su prodigiosa fantasía.

Las primeras letras en Puente Genil, y la segunda enseñanza en el colegio de los Padres Escolapios de Archidona y en el Instituto de Córdoba,

(4) Madrid, 18 de marzo de 1935.

(5) Rodolfo GIL: *Manuel Reina y Montilla*, 1892.

le llevaron a las Universidades de Granada, Sevilla y Madrid, hasta que se licenció en Derecho.

Los años de estudio no truncaron su afición a la poesía, y publicó composiciones en periódicos locales. Por testimonio directo de sus coetáneos, entre ellos Eduardo de Ory (6), sabemos que pulía sus versos hasta que los encontraba correctísimos, versos que, al mismo tiempo que a las redacciones de los periódicos, iban a parar a las manos de alguna guapa cordobesa.

Terminada la carrera de Derecho sigue la doble vertiente de su vocación: la literaria y la política. Desde entonces Reina vivirá habitualmente en su ciudad natal, aunque realizando frecuentes viajes a Madrid y a otras poblaciones, especialmente andaluzas. Sabemos que durante sus largas estancias en la villa y corte acostumbraba a hospedarse en el Hotel Universo, en la Puerta del Sol —que se convirtió en oficina del político— hasta que más tarde alquilara un piso no lejos de este lugar.

Fundó y dirigió en Madrid la revista quincenal **La Diana**, de política, literatura, ciencias y artes. Figuraban como colaboradores, entre otros, Leopoldo Alas «Clarín», Antonio Cánovas del Castillo, Emilio Castelar, José Echegaray, Fernández Bremón, Fernández Shaw, Núñez de Arce, Nombela, Ortega Munilla, Manuel del Palacio, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Salvador Rueda, José Selgas, Eugenio Sellés, Tamayo y Baus, Juan Valera y José Zorrilla. Con este cuadro de colaboradores no resulta extraño que la revista llegase a competir con **La Ilustración Española y Americana**. Por otro lado, ofreció oportunidades a escritores hasta entonces desconocidos, insertó no pocas de sus composiciones y publicó traducciones de autores extranjeros.

La redacción se asentó en el propio Hotel Universo y más tarde en el piso que tomara en alquiler.

Salió **La Diana** durante los años 1882 y 1883 solamente, a pesar de que el público le había dispensado una buena acogida.

Muy joven, a los 19 años, había contraído Reina matrimonio en

(6) Eduardo de ORY: **Manuel Reina. Estudio biográfico**, 1916.

Puente Genil con Francisca Noguer, de buena posición económica y amante de la música y de la poesía. Del matrimonio nacieron tres hijos: Manuel, que como el padre, siguió los estudios de Derecho; Francisco, que optó por la carrera militar; y Fernando.

En **El libro de Puente Genil**, de Aguilar y Cano (7), figuran los hermanos Reina y Montilla como propietarios, entre otras fincas menores, de las denominadas «El Amparo», a unos 6 kms. de la población, «Torrecillas» y «Truenos». Pero donde el poeta solía pasar largas temporadas gozando del campo, componiendo poemas o recreándose en sus autores favoritos, es en la denominada «Campo Real». De ella decía Marcos Rafael Blanco Belmonte, otro poeta cordobés, que «El palacio-estudio es museo y biblioteca, jardín y casa de recreo a un tiempo mismo. Su dueño estudia y sigue de cerca el movimiento literario, y de Madrid, de París y Roma, los mejores librerías envían a «Campo Real» todas cuantas obras de algún interés aparecen en los escaparates; de la riqueza de la colección da idea el hecho de que no pocos «inmortales» acuden a ella pidiendo préstamos de libros» (8). El insigne cervantista Rodríguez Marín fue asiduo visitante de esta nutrida biblioteca.

El poeta perdió muy joven a su mujer. Y el 11 de mayo de 1905 moría él mismo, también en Puente Genil, cuyo cementerio guarda los restos de ambos.

La prensa resaltó el multitudinario acto social del entierro y **El Defensor de Córdoba** (9), **El Imparcial** (10), **El Liberal** (11), el **Diario Universal** (12), el **Diario de Córdoba** (13), **La Ilustración Española y Americana** (14) e innumerables otros periódicos españoles y de los países americanos le dedicaron extensos artículos necrológicos.

-
- (7) Antonio AGUILAR Y CANO: **El libro de Puente Genil**, Puente Genil, 1894.
 (8) Marcos Rafael BLANCO BELMONTE: "Manuel Reina", **La Ilustración Española y Americana**, Madrid, 22 de mayo de 1905.
 (9) Vid. **El Defensor de Córdoba**, Córdoba, 11 de mayo de 1905 y 12 del mismo mes y año.
 (10) Vid. **El Imparcial**, Madrid, 12 de mayo de 1905.
 (11) Vid. **El Liberal**, 12 de mayo de 1905.
 (12) Vid. **Diario Universal**, Madrid, 12 de mayo de 1905.
 (13) Vid. **Diario de Córdoba**, Córdoba, 12 de mayo de 1905 y 13 del mismo mes y año.
 (14) Vid. **La Ilustración Española y Americana**, Madrid, 22 de mayo de 1905.

Aguilar y Cano nos ha dejado el siguiente retrato del poeta: «...Es de mediana estatura y complexión recia, con grosura y morbidez de líneas propias de una edad a que no ha llegado por los años, siquiera la haya traspasado por crueles sinsabores; de aspecto simpático y atrayente, dominando en su gesto finísima expresión de amarga ironía que en nada hiere a quien le trata; de porte noble y distinguido, de frente espaciosa y abultada como cuadra al tesoro que encierra; de mirada escrutadora, inteligentísima en el diálogo, vaga y perdida en ideales abstracciones, cuando calla o medita; de poblada y recia barba encuadrando su semblante correcto y contrastando su tono pardo con lo blanco de la piel, para dar valiente y orgulloso relieve a una cabeza bien modelada y echada con actitud arrogante un poco hacia atrás por los fuertes y cortos músculos del cuello. La figura entera se aparta de lo vulgar por lo acentuado de las notas que dejamos apuntadas, y a primera vista advierte que nos encontramos en presencia de un privilegiado de la naturaleza, de uno de esos seres cuya misión es levantarse sobre las multitudes para ejercer en beneficio de ellas el sacerdocio del arte y mantener ardiente y vivo el culto de lo bello» (15).

La vocación heredada de su padre, quien contribuyó en 1875 a la restauración borbónica, llevó a Reina a la militancia política.

Miembro del partido liberal acaudillado por Sagasta, fue Diputado a Cortes por el distrito de Montilla en 1886. Seis años después, ocupaba el mismo cargo, esta vez por el distrito de Lucena, tras ganar las elecciones parciales convocadas por la renuncia del Marqués de las Ascalonias. Dos años antes de terminar el siglo fue elegido Senador por Huelva.

Seguidor más tarde de Gamazo y de Maura, en 1903 volvió al escaño de Diputado a Cortes por Lucena, cargo que ostentaba al morir.

Sus intervenciones parlamentarias fueron escasas, pero aunque sin prodigar elocuencia, destacan las que tuvo sobre asuntos financieros, de instrucción pública y en defensa de la libertad, que le valieron frecuentes aplausos y buena acogida periodística, y que se encuentran insertas en el «Diario de Sesiones» de las primeras Cortes de la Regencia. Anotemos como hecho anecdótico que, tras un discurso en favor de la infancia ne-

(15) Antonio AGUILAR Y CANO: **Op. cit.**

cesitada, Reina recibió una carta de Pérez Galdós, por entonces también diputado, en la que, entre otras cosas, le decía: «Celipín y Marianela, que lo han escuchado en el Congreso, le saludan cariñosamente por mi conducto».

Su ingreso en la política, considerado por muchos como una debilidad sentida por el poeta, no tuvo, al parecer, bastardas motivaciones. Reina rehusó el nombramiento de Gobernador Civil de Cádiz, no aceptó la concesión de la Gran Cruz de Isabel la Católica ni se consideró merecedor de otras distinciones (16), entre ellas la de su coronación al estilo de la de Zorrilla, que también rechazó.

Desde muy joven se revela Manuel Reina como poeta. A los catorce años de edad, en revistas de la ciudad de la Alhambra, publica sus primeros versos, que no han llegado a nosotros.

Dos años más tarde, en **La Ilustración Española y Americana** (17) aparece su poema «La música italiana, francesa y alemana», al que pertenecen las siguientes estrofas, referidas a la primera de las enunciadas:

Es el rumor del beso apasionado;
 Del aura los dulcísimos poemas;
 Las notas que del lago se levantan
 En las noches azules y serenas;
 La canción de los silfos a las flores;
 De las arpas de oro las cadencias;
 El ¡ay! desgarrador del moribundo;
 El canto seductor de las sirenas;
 El suspiro amoroso de las vírgenes;
 De las aves canoras las endechas;
 Y las mil armonías de los bosques
 Que los espacios infinitos pueblan.

(16) Nombramiento y distinciones ofrecidas por el Gobierno presidido por Don Práxedes Mateo Sagasta, líder del partido liberal.

(17) Vid. Carta del poeta Antonio Fernández Grilo a Manuel Reina, publicada en **Andantes y allegros**, Madrid, 1877.

El léxico, la rima y la acentuación apuntan ya al Modernismo. El poema fue un salvoconducto para seguir publicando en **La Ilustración** y para que le abrieran sus puertas otros periódicos. Pocos días después, **La Epoca** (18) acoge en su páginas el poema «La vida».

Contando sólo 19 años, en 1875, estrena en Córdoba el drama **Comprendo el suicidio**, que no llegó a la impreta, y del que no tenemos más noticias que la simple referencia que hace Ricardo de Montis (19).

Pasados dos años, publica en Madrid su primer libro de poesía: **Andantes y allegros** (20), que es una colección de 39 composiciones, entre ellas «La música» y «La vida», a las que nos hemos referido anteriormente. Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, que están en la plenitud de su fama, saludan el nacimiento poético y la crítica y el público dispensan una buena acogida a esta obra inicial.

«Reina parece herido solamente por el espectro de la naturaleza —dice el crítico Manuel de la Revilla, a propósito de **Andantes y Allegros** (21)—; es un adorador de la luz, en que se baña con voluptuosidad, encuentra bello al mundo... y, sin embargo, en esas rimas, para el que sabe atender a ellas, palpitan las tristezas de la vida, sentidas finísimamente, y acabamos por percibir, como un perfume, la gran melancolía de las cosas». Otro crítico (22) habla de «inspirados versos», de «armonía y delicadeza» y de riquísima fantasía llena de formas y colores.

Al año siguiente, 1878, da a la luz **Cromos y acuarelas. (Cantos de nuestra época)** (23). Tras un prólogo de Fernández Bremón, recoge 53 poemas; y a pesar del escaso tiempo transcurrido desde que publicara **Andantes y Allegros**, se destaca ya la personalidad poética del autor, en cuyos versos se refleja la lírica de Heine, Schiller, Bécquer, Víctor Hugo

(18) Vid. Nota 17.

(19) Ricardo de MONTIS: **Notas cordobesas (Recuerdos del Pasado)**, Córdoba, 1911-30.

(20) Manuel REINA Y MONTILLA: **Andantes y allegros**, Madrid, 1877.

(21) Manuel de la REVILLA: **Críticas**, Burgos, 1884-85.

(22) Antonio AGUILAR Y CANO: **Manuel Reina. Estudio biográfico**, 1897.

(23) Manuel REINA Y MONTILLA: **Cromos y acuarelas (Cantos de nuestra época)**, Madrid, 1878.

y la de otros poetas franceses contemporáneos, a los que Reina leía incansablemente y algunas de cuyas obras llegó incluso a traducir.

Mucho de romántico y algo de modernista tiene el primero de los 53 poemas de la obra:

Soy poeta: al rumor de las naciones
Las cuerdas de mi cítara se templan;
Lloro en el negro mundo de las tumbas,
Río en la bacanal, trueno en la guerra.

El amor y la patria son mi vida,
El corazón humano mi poema,
Mi religión la caridad y el arte,
La libertad sublime mi bandera.

En los dos años en que salió quincenalmente **La Diana** (24), Reina publicó en sus páginas composiciones propias y traducciones de otros vates. Entre las primeras bien merecen citarse «El poeta en el siglo XIX», en la que canta el progreso, «El carnaval de Venecia», con claros visos modernistas, «La estatua», «La musa de Teófilo Gautier», «La fuente rota», «Introducción»...

Esta última, que en otras publicaciones aparece con el título de «Andalucía», es en efecto la introducción de un libro inédito que el poeta pensó titular **La tierra de María Santísima**, y me resisto a no leerla:

Cielo brillante; fuentes rumorosas;
ojos negros; cantores y verbenas;
altares adornados de azucenas;
rostros tostados; perfumadas rosas.

Bellas noches de amor esplendorosas;
mares de plata y luz; brisas serenas;
rejas de nardos y claveles llenas;
serenatas; mujeres deliciosas.

(24) Revista quincenal de política, literatura, ciencias y artes, fundada por M. Reina en Madrid y que apareció durante los años 1882 y 1883.

Cancelas; orientales miradores;
 la guitarra y su triste melodía;
 vinos dorados, huertas y ruiseñores,
 deslumbradora y plácida poesía...
 he aquí el pueblo del sol y los amores;
 la mañana del mundo: ¡Andalucía!.

El soneto, descriptivo, «chovinista» y cargado de tópicos, debió no gustar a alguien que, bajo el pseudónimo de «Un lugareño», publicó este otro en la misma revista (25), remedándolo:

Cielo nublado; fuentes cenagosas;
 ojos sin luz, plañidos y cadenas;
 altares sin jazmines ni azucenas;
 rostros torcidos; deshojadas rosas.

Noches oscuras, tristes y nevosas;
 mares de plomo y naves sin entenas;
 rejas de ortigas y mastranzo llenas;
 patrullas y reuniones tenebrosas.

Cárceles do hormiguean malhechores;
 miseria en todas partes noche y día;
 rojo mosto que enciende los rencores.

La «Mano Negra» que los odios guía;
 terror profundo a los conspiradores,
 esta es hoy, señor Reina, Andalucía.

En 1883, y después de haberse estrenado con rotundo éxito el 25 de mayo de ese año, en el Teatro Español de Madrid, por la señorita Calderón, publica el monólogo en verso **El dedal de plata** (26). El poeta lo había leído, fragmentariamente, poco antes de su estreno, en el Círculo Nacional de la Juventud ante un numeroso público, en su mayoría escritores (27). El tema afirma Reina tomarlo de François Coppée, el parnasiano

(25) Vid. **La Diana**, Madrid, 16 de abril de 1883.

(26) Madrid, 1883.

(27) Vid. **La Iberia**, Madrid, 11 de enero de 1883, y **El Imparcial**, Madrid, de la misma fecha.

poeta y dramaturgo, cantor de las existencias mediocres y pequeño-burguesas, que gozó del aprecio de Anatole France. El asunto es sencillo. La protagonista es una costurera que abandona el oficio para dedicarse al arte escénico, triunfando ante el público con el nombre de Rosa de Andalucía; pero una enfermedad ocular la deja ciega y tiene que abandonar el teatro; abatida y enferma, pierde la alegría de vivir y ve alejarse su corte de aduladores; sólo le queda el pequeño capital que pudo conseguir en la escena a costa de privaciones y sacrificios; en este trance de su vida evoca su pasado lleno de triunfos y recuerda, una a una, las joyas que le regalaron sus admiradores de otros tiempos.

Tras el estreno, el crítico teatral de **El Imparcial** (28) juzga el monólogo como «poema dramático en carne y hueso» de perfecta versificación y brillantes imágenes, y da cuenta de que el público —entre el que se encontraban Campoamor, Tamayo y Baus, Cañete, Sellés y otros escritores— aplaudió varios pasajes y al final exigió la presencia del autor, quien tuvo que salir tres veces al escenario. El de **La Época** (29) destacó «la delicadeza y galanura de su versificación» y «la fuerza del sentimiento que lo inspira».

Por el testimonio de Eduardo de Ory (30) conocemos que Reina había terminado por entonces un drama en tres actos y en verso titulado **El collar de brillantes**, que el poeta había leído a sus amigos íntimos y que, sin acceder el autor a ello, varias compañías de teatro le habían solicitado para su puesta en escena. Extraña esta actitud del pontanense, y aún más en una época en que la oferta de obras por sus autores era precisamente norma casi sin excepción. Pero Reina, poco amigo de algarabías, en situación económica tal que le permitía no pasar factura de sus colaboraciones periodísticas, poeta por encima de todo... no se deja llevar por los escarceos dramáticos.

El director de **La Diana**, desaparecida ésta, inicia una etapa de intensa actividad poética, que da como fruto dos libros inéditos: **Adiós a la juventud** y **Noches doradas**, cuyos poemas, esparcidos por diarios y revistas de la época, fueron recogidos, sólo parcial y mínimamente, por Eduardo de Ory, como apéndice a su breve biografía de Reina (31).

(28) Vid. **El Imparcial**, Madrid, 26 de mayo de 1883.

(29) Vid. **La Época**, Madrid, 26 de mayo de 1883.

(30) Eduardo de Ory: **Op. cit.**

(31) Eduardo de Ory: **Op. cit.**

Conocido era ya el poeta en todos los ambientes literarios de la nación, y Blanco García en su **Literatura española en el siglo XIX** (32) lo encuadra dentro de la poesía de tendencia filosófica y social, junto a Carlos Rubio, Alcalá Galiano, Bartrina, Revilla, Ferrari, Rey Díaz y Gabino Tejado.

«Al seguir las huellas —dice Blanco García (33)— del autor de «El vértigo» no ha abdicado de su propia y errática personalidad Manuel Reina, cuyas primeras poesías andan coleccionadas en dos volúmenes de agradable lectura por la ingeniosidad del fondo y los atrevimientos de la forma, y que obtuvieron regular acogida. La musa de Reina, que posteriormente se buscó un cuasi domicilio en **La Ilustración Española y Americana**, imprime cierto sello de ligereza a todo lo que toca, sin excluir el género social, que con predilección, aunque no exclusivamente, cultivó. Es amigo de los objetos múltiples o agrupados, de las antítesis y las comparaciones, que constituyen en él verdadera manía; ha catalogado las «musas españolas», la «música» de las canciones modernas, las maravillas de la Alhambra, y sería capaz de hacer lo mismo con las estrellas del firmamento. Sin que pueda considerarse como un prodigio de versificación, tira a resolver una dificultad rítmica que algunos consideran insuperable: la de dar flexibilidad y armonía al romance endecasílabo, lenguaje propio de la tragedia clásica, y que apenas ha manejado nadie con destreza fuera del Duque de Rivas en **El moro expósito**».

Como crítica de los primeros versos de Reina, nos parece certera. Los dos volúmenes «de agradable lectura» son, como Vds. saben, **Andantes y allegros** y **Cromos y acuarelas** y las notas que destaca el crítico están en la línea modernista, pese a la carga romántica que encierran los versos. Si el primero se publicó en 1877 y el segundo un año después, aún faltaba un decenio para la aparición de **Azul...** de Rubén Darío.

La vida inquieta (34), colección de 53 poemas, sale de la imprenta de Ricardo Fe en noviembre de 1894, y es la que le proporcionó los mejores

(32) F. BLANCO GARCÍA: **La Literatura Española en el siglo XIX**, Madrid, 1891-1894, 3 vols.

(33) F. BLANCO GARCÍA: **Op. cit.**

(34) Manuel REINA Y MONTILLA: **La vida inquieta**, Madrid, 1894.

aplausos de la crítica. El prólogo, una carta de Núñez de Arce (35), facsímil de la autógrafa, disculpándose de no prologar el libro por razones de salud y manifestándole la admiración que le profesaba.

En **La vida inquieta** Reina se muestra ya como «poeta hecho» —con expresión de Eduardo de Ory (36)— y con un estilo personal muy marcado. La obra le dio extraordinario renombre y motivó un artículo de Blanco García elogiándole sobremana y rectificando parte de las apreciaciones que emitiera en su ya citada **Literatura española en el siglo XIX**, donde, como vimos, lo presentaba como seguidor de las huellas del autor de **La visión de Fray Martín**. Ahora califica **La vida inquieta** como «maravilla de arte y de inspiración».

Los poemas que integran el libro son de distintas fechas y de asuntos diferentes y el crítico de **El Heraldo de Madrid** (37), José J. Herrero, decía admirar en Reina, a propósito de ellos, «la precisión de sus imágenes», «el escrúpulo de su prosodia intachable» y «la dureza con que con sano instinto artístico insiste a veces sobre el detalle capital de sus magistrales descripciones».

No pararon ahí los elogios de la crítica. Teodoro Llorente, en el valenciano **Las Provincias** (38), decía que «su estro (el de Reina) es alado y volador». «Nada hay en sus versos de pedestre o de rastrero —continúa Llorente—. Son como aquellas aves de las que dijo cierto autor que, aún cuando andan, se les conoce que tienen alas. Hijo de la luminosa y espléndida Andalucía, su alma parece que está anegada en los fulgores vivísimos de aquel cielo privilegiado. Discípulo de la antigua y gloriosa escuela cordobesa, conserva su pomposa y galana dicción, la majestad del periodo, la fluidez y la sonoridad del ritmo. Relampaguean en sus poesías las imágenes pintorescas, sucediéndose a veces con la deslumbradora rapidez del kaleidoscopio».

El crítico de **El Correo** (39), José del Castillo y Soriano, más profundo y atinado que Llorente, le pareció el nuevo libro «... un dorado canastillo de flores sueltas, una lluvia de estrellas, un haz de rayos de luz, un

(35) Fechada el 29 de octubre de 1894.

(36) Eduardo de ORY: *Op. cit.*

(37) Vid. **El Heraldo de Madrid**, Madrid, 7 de noviembre de 1894.

(38) Vid. **Las Provincias**, Valencia, 9 de noviembre de 1894.

(39) Vid. **El Correo**, Madrid, 19 de noviembre de 1894.

mosaico de vistosos matices, un puñado de luciente pedrería arrojado con elegante descuido sobre un estuche de cristal y raso». Y añade más adelante: «Apenas se abre el libro, parece que se abren de par en par las ventanas del cerrado pabellón de hermosísimo jardín andaluz, en espléndida mañana de sol: la vista se deslumbra en océanos de luz, se llena de armonías el oído, de perfumes el aire, el corazón de vida y el pensamiento de fantasías orientales».

Víctor Balaguer también saluda con entusiasmo, en la revista *Pro Patria* y en *La Correspondencia de España* (40), el nacimiento de *La vida inquieta*, a cuyo autor considera poeta de corte griego.

El dramaturgo granadino Eugenio Sellés (41), periodista y crítico, no regatea elogios al libro, una prueba más, dice, de que Reina sabe pintar con la palabra. Al Modernismo se refiere, sin duda, al constatar la existencia de «una secta (a la que pertenece el autor) que ha reproducido en nuestros días aquella esplendorosa escuela andaluza del siglo de oro de nuestra poesía lírica».

«Clarín», que hilaba tan fino en materia literaria, tuvo para *La vida inquieta* palabras de admiración y alabanza, al parecer sinceras, en un extenso artículo en *La Ilustración Ibérica* (42), del que entresacamos algunos párrafos: «...Reina estudia la literatura de su tiempo para gozar de la belleza, procurar descubrirla donde está, no donde se pregona, y aprovechar sus lecciones, que son no menos útiles, a su modo, que las lecciones de la verdad o de la buena conducta. (...) No sigue el movimiento literario para tomar figurines, como otros, y desde lejos copiarlos por patrón como hacen las señoritas cursis de pueblo, que con atenerse a *La Moda Elegante* como a una Biblia, ya creen vestir lo mismo que las duquesas de París. (...) Reina es moderno, modernísimo en su versos, pero sin ceñirse a ésta o la otra manera colegiada que proclama éste o el otro partido. (...) Esta ausencia de amaneramiento, de imitación servil, de exageración y afán de novedad y rareza, es en el conjunto de la obra de Reina como una idiosincrasia de noble serenidad. (...) Tales cualidades bien se notan en el último libro del poeta andaluz titulado *La vida inquieta*; volumen pulquérrimo en cuerpo y en alma, en que se siguen las buenas tra-

(40) Vid. *La Correspondencia de España*, Madrid, 4 de diciembre de 1894.

(41) Vid. *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15 de diciembre de 1894.

(42) Vid. *La Ilustración Ibérica*. Madrid, 9 de febrero de 1895.

diciones de la musa española sin llenarla de cascabeles pies y manos, para que produzcan gran estrépito en cuanto se mueva. (...) La dicción siempre es noble; el lenguaje poético, digno de su objeto; la sintaxis correcta; las imágenes propias; y jamás se pone el estro en pugna con la lógica».

En aquel «Parnasillo» del Ateneo de Puente Genil, en los umbrales del año 1895, un centenar de intelectuales, en presencia de Reina, celebraron el rotundo éxito de **La vida inquieta** y Rodríguez Marín brindó por nuevos lauros (43). El poeta leyó «La canción de mi pueblo», que si ciertamente no es el mejor poema de **La vida inquieta**, bien merece, por otro lado, que lo lea ante ustedes:

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
 como una pandereta;
 su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
 y del Jenil radiante mi pueblo delicioso
 se baña en la onda inquieta.

Mi pueblo está cercado de huertas y olivares,
 de viñas y jardines;
 sus blancos campanarios semejan palomares;
 y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
 su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
 el pájaro canoro,
 la cincelada torre, la reja floreciente
 y el vino generoso, el vino reluciente
 que lanza rayos de oro.

Es un verjel soñado, feliz nido de amores
 mi pueblo dulce y bello:
 poblado está de notas, perfumes y colores,
 de pechos entusiastas y rostros seductores
 de mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
 como una pandereta;
 mas ¡ay! que en su brillante regazo delicioso
 hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
 el alma del poeta.

(43) Eduardo de ORY: **Op. cit.**

Este poema, que había entusiasmado a los pontanenses, lo aprendían desde niños en las escuelas (44).

El «zafiro», el «sol esplendoroso», el «Jenil radiante», la «onda inquieta», los «jardines», el «aroma del jazmín», la «cristalina fuente», el pájaro canoro», el generoso y reluciente vino, el «verjel soñado», las «notas, perfumes y colores», los «pechos entusiastas», el «mágico destello», el «brillante regazo delicioso», el alma enferma del poeta, en fin, nos advierte ya el Modernismo. Estamos, no lo olvidemos, en 1895.

Este año prologa Reina el libro **La Mezquita Aljama, la Mezquita de Córdoba** de Rodolfo Gil y Marcos Rafael Blanco Belmonte y dos años más tarde hará lo mismo con **Pinceladas** de Julio Pellicer. Colabora por entonces intensamente en **Pepita Jiménez**, de Puente Genil, que fue la primera revista exclusivamente literaria de esta provincia.

En abril del mismo año, 1895, aparece **La canción de las estrellas** (45), extenso poema dividido en tres cantos y dedicado al pueblo natal del poeta, que motivó la composición «Resurge, Horatii» de Leopoldo Parejo (46), y un elogioso artículo de Jurado de la Parra en **La Ilustración Española y Americana** (47).

Es el año en que a Reina se le elige Académico de la Real Sevillana de Buenas Letras (48), y de la de Ciencias y Bellas Letras de la República de El Salvador (49).

Un año después, el mismo en que aparece en Buenos Aires **Prosas profanas**, considerada como la obra maestra de la poesía de Rubén Darío, publica el pontanense **Poemas paganos** (50), título que evoca al anterior. Si **Prosas profanas** se divide en cinco grupos de composiciones, **Poemas paganos** es una trilogía poemática: «La ceguedad de la turbas», «El poe-

(44) Eduardo de ORY: **Op. cit.**

(45) Manuel REINA Y MONTILLA. **La canción de las estrellas**, Madrid, 1895.

(46) Leída por el autor en el transcurso de una velada que tuvo lugar en Puente Genil a finales de junio de 1895.

(47) Vid. **La Ilustración Española y Americana**. Madrid, 30 de junio de 1895.

(48) Por unanimidad, en sesión celebrada el día 28 de junio de 1895.

(49) En sesión celebrada el día 1 de julio de 1895.

(50) Manuel REINA Y MONTILLA: **Poemas paganos (La ceguedad de las turbas. El poema de las lágrimas. El crimen de Héctor)**, Madrid, 1896.

ma de las lágrimas» y «El crimen de Héctor». El primero está inspirado en uno de los **Cuentos crueles** de Villiers de l'Isle Adam, el extravagante simbolista auténtico maestro de la narración, algunos de los cuales tradujo nuestro poeta. En «La ceguedad de las turbas» se pinta la ansiedad de los espartanos a causa de los rumores llegados hasta ellos de la derrota y muerte de sus soldados que, al mando de Leónidas, habían marchado a defender las Termópilas. «El poema de las lágrimas» es un conjunto de cinco sonetos. En «El crimen de Héctor» aparece la Roma antigua, pagana, donde un poeta joven, Héctor, es víctima mortal del emperador Nerón por la envidia que le produce verle aclamado por el público.

Andrés Ovejero, que hizo la crítica de **Poemas paganos** en **El Globo**, encuentra en Reina un poeta escultor de sus versos, y recuerda que el sagacísimo «Clarín» observa que los poemas tienen la solidez y la frialdad del mármol del Penthélico dorado por el sol del Atica (51).

«Manuel Reina prueba a todos con sus tres **Poemas paganos**, que Manuel Reina... y gobierna como rey en el Parnaso»

decía el crítico de **El Liberal**, José Pérez y González, con la frivolidad de unos ripios no a tono con la calidad de la obra.

Publica en 1897 **Rayo de sol** (52), poema en tres partes, la segunda de las cuales dedica a sus hijos, y que es una obra de no mucha consideración, de estilo y ambiente romántico: Una niña huérfana y pobre, cuyo nombre da título al poema, es protegida de una reina sin escrúpulos que años después le roba el cariño de su amante, a quien da muerte la soberana, después de haberla afrentado en una orgía.

Cuando sólo falta un año para que muera el siglo, da a la luz uno de los mejores libros que salieron de su pluma: **El jardín de los poetas**, (53). Largos años llevaba Reina preparando esta obra, puliendo los versos de las 29 composiciones dedicadas a sus líricos preferidos.

«Manuel Reina —escribió por entonces Rubén Darío— ha logrado

(51) Vid. **El Globo**, Madrid, 17 de junio de 1896.

(52) Manuel REINA Y MONTILLA: **Rayo de sol. Poema. Y otras composiciones**, Madrid, 1897.

(53) Manuel REINA Y MONTILLA: **El jardín de los poetas**, Madrid, 1899.

recientemente un triunfo con su **Jardín de los poetas**. Lírico de penacho, en color un Fortany. Ha llamado la atención desde ha largo tiempo, por su apartamiento del universal encasillado académico, hasta hace poco reinante en estas regiones. Su adjetivación variada, su bizarría de rimador, su imaginativa de hábiles decoraciones, su pompa extraña entre los uniformes tradicionales, le dieron un puesto aparte, alto puesto merecido».

Obras póstuma de Reina, publicada por sus hijos un año después de la muerte del poeta, fue **Robles de las Selva Sagrada** (54), colección de 29 poemas que el autor tituló **Héroes de la Poesía**. La obra, que sigue la misma línea de **El Jardín de los poetas**, está dividida en dos partes: «Héroes literarios» y «Genios y musas».

Netamente modernistas son ya la mayor parte de las composiciones de esta su última obra, como puede apreciarse en «El lago y la ondina», soneto que la corona y cierra:

¿Veis ese claro espejo de la aurora,
lago de azules ondas transparentes,
cuyas lozanas márgenes rientes
de galas llena la divina Flora?.

Bajo esas linfas de diamante, mora
rubia ondina de formas esplendentes,
que alza en la noche cánticos ardientes
con que al viajero encanta y enamora.

La leyenda feliz del lago adoro
y de la hermosa de cabellos de oro,
por ser de mi existencia alegoría:

el lago, siempre azul, de ondas en calma
y márgenes alegres, es mi alma,
y la rubia deidad es la poesía.

Como la ondina se sumerge en las aguas del lago, como la «blanca estrella» se eleva en el «oscuro cielo», por utilizar otra de sus imágenes,

(54) Manuel REINA Y MONTILLA: **Robles de la selva sagrada**, Madrid. 1906.

la poesía penetró en el alma del poeta y anidó en ella.

Reflejos gongorinos tiene el soneto, de la más pura traza modernista.

Poeta de profunda formación clásica, adquirida en sus interminables lecturas de Campo Real, leyó y cantó a Homero, a un Homero joven (...de apolíneo perfil, de ardientes ojos, / apostura marcial y hombros robustos...); leyó y cantó a Anacreonte, a Esquilo, a Catulo, a Virgilio. «...cuya frente corona el centellante / resplandor de la alegre adolescencia». Leyó a Ovidio y cantó su destierro; a Kalidasa, el poeta hindú, y cantó su muerte.

Interminable sería la serie de sus autores más celebrados, a todos los cuales evoca no sólo en su «modus operandi» pétrico, sino también materializando sus nombres en conseguidas estrofas; pero los italianos Tasso y Leopardi; los ingleses Shakespeare, Goethe, Milton y Shelley; el alemán Heine; los franceses Chénier, Béranger, Victor Hugo y Musset; Baudelaire, Gautier, Coppée y otros parnasianos y simbolistas; el ruso Pushkín; el polaco Ligenza; los españoles Jorge Manrique, Garcilaso, Góngora, Bécquer y Núñez de Arce, son de indispensable reseña.

Las dos notas que caracterizan la poesía de Reina son belleza y verdad, que él funde en una sola y la busca donde quiera que se encuentre, y, cuando no, la evoca o la imagina. Hermosa encuentra su natal tierra andaluza, una de las constantes temáticas de su verso: la exuberancia de vida, la luz de los horizontes meridionales, la temblorosa y acompasada voz de la estrofa popular, el arte de Murillo o de la Alhambra.

Busca asuntos en las más hermosas concreciones del mundo clásico, Grecia y Roma, en la dulzona y carnavalesca Venecia, en el Oriente legendario, en la Francia versallesca y renovadora.

En toda su producción flota una cierta «alabanza de aldea y menosprecio de corte», con un gran fondo de verdad, sentida por un poeta obligado a vivir a caballo entre la Puerta del Sol y los campos de membrillares.

La libertad, en fin, y el progreso, las Bellas Artes, las gestas heroicas, el carnaval y sus satánicas canciones, los placeres eróticos, la preocupación social, son temas que van y vienen por los versos de Reina.

La misma variedad que en lo temático podemos observar, sin detenernos ya, en cuanto a la métrica, aspecto en el que nuestro poeta fue modernista hasta los últimos extremos, tanto en el campo de lo estrófico, como de lo acentual y de la rima. Empleó todos los metros. Es de resaltar que en **El Jardín de los poetas** canta a cada uno de sus líricos predilectos en las mismas estrofas que usaron preferentemente, como es el caso de su composición en coplas de pie quebrado a Jorge Manrique.

No demuestra excesiva soltura en el verso octosilábico, sobre todo en el aconsonantado, pero son muy aceptables sus endecasílabos en asonante del tan usado romance heroico. Y su verso libre, en especial, en que compuso **La canción de las estrellas**, resulta de una perfección poco común.

En conclusión, al contrario que de otros muchos, puede decirse de Reina que fue más poeta que versificador. Porque hora es ya de que digamos que Manuel Reina fue Poeta por derecho propio. Es Poeta. Con mayúscula y sin adjetivos. Poeta con una fuerte personalidad literaria, con estilo igualmente propio en la transición romántico-modernista, sediento bebedor de la renovación parnasiana, junto con Salvador Rueda y Ricardo Gil, antes o a la par que los americanos Gutiérrez Nájera, Othón, Díaz Mirón, Casal, Martí y Silva, todos los cuales escribieron páginas imborrables de las letras españolas e hispanoamericanas, con la figura señera de Rubén Darío a la cabeza.—He dicho.